

LIBROS

Terrores del pasado, técnicas del presente, angustias de siempre

No es fácil definir la angustia: esa especie de sensación de profundo desagrado mezclado con un temor no menos profundo, ese malestar indefinible que induce a los cobardes a la huida, a los valientes a un enfrentamiento con algo que les resulta, más que odioso, nauseabundo. Algo de asco y algo de miedo tiene; pero es mucho más y mucho peor que el asco y el miedo. Tampoco es fácil descubrir quién o qué provocan ese desagradable sentimiento, y por qué. Sólo podemos dejar constancia de las angustias existentes, personales y privadas. A partir de ellas, ciertos audaces que se llaman científicos establecen teorías generales, por lo general bastante alejadas de la realidad de lo angustioso.

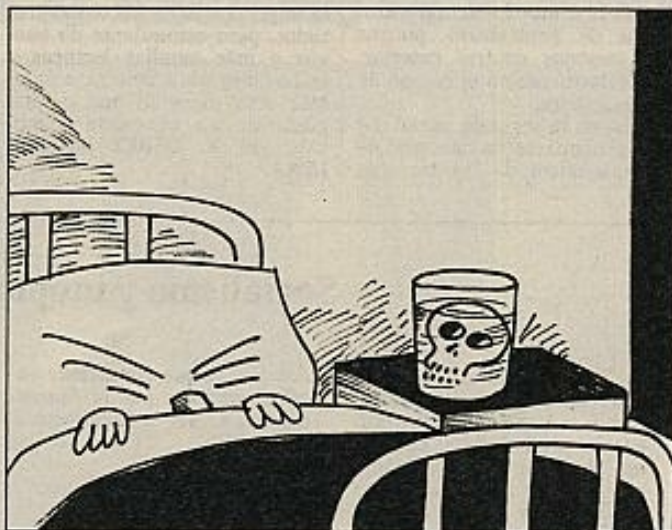
H. P. Lovecraft fue, durante toda su vida, un hombre angustiado. Casi puede decirse que murió de angustia. Sus relatos son el colmo del horror: un compendio de desagradados personales elevados a escala cósmica, transmutados en horror. Aunque su personalidad y su ideología no nos sean muy simpáticas —era fascista, reprimido y reservado, de un racismo feroz y un sentido de superioridad clasista que, en su caso, además resultaba una verdadera cursilería, al no tener donde apoyarlo—, es difícil evitar la **compasión**: sentimos con él, sentimos sus terrores, su angustia. Y esa ha sido precisamente la clave de su éxito literario a nivel popular, y también a nivel culto mandarín: sin ser un buen escritor, y sin aportar tampoco un pensamiento nuevo, Lovecraft ha conseguido algo muy importante, algo que es una cualidad fundamental en cualquier obra de arte: transmitir al receptor —lector en este caso de sus relatos— el sentimiento que a él animaba a la hora de crear. No importa que los motivos generadores de su horror —la degeneración de la sociedad norteamericana en los años

veinte, la invasión de, para él, "repugnantes miembros de razas inferiores"; la sensación cada vez mayor de aislamiento y soledad de un hombre que se niega a cambiar dentro de una sociedad que se transforma— no valga para nosotros: el horror ha quedado, y quedará para siempre. Lovecraft ha conseguido plasmar en sus relatos la quintaesencia de la angustia, extraer la sustancia misteriosa, como polvo filosófico de proyección, que subyace a todos los desagradados y angustias del ser humano. Lovecraft nos ha legado no su terror, sino el **terror**, de igual modo que el Drácula de Bram Stoker no es "un vampiro", sino el vampirismo, el mal.

El dibujante uruguayo-argentino de origen italiano —a quien Lovecraft habría odiado seguramente de conocerlo, por pertenecer a la inferior raza latina de invasores harapientos— Alberto Breccia ha conseguido un

tu", de Murnau. Los monstruos son vagas formas borrosas, y es el rostro de los humanos y el paisaje que los rodea quien sufre alteraciones: Breccia no ha querido "retratar" el fantasma del horror, sino pintar las sensaciones que produce en quienes lo contemplan, e incluso en el mismo decorado, que se ve distorsionado por la presencia de los miasmas infernales que contiene. La angustia nos es ofrecida así en estado puro, sin ser traducida a un lenguaje convencional.

Para lograr este difícil resultado hacía falta un dibujante profesional de la talla de Breccia: trabajador del "comic" desde 1938, no se ha contentado con seguir los caminos trillados del "comic", esforzándose siempre por conseguir no solamente mejor calidad, sino una forma de lenguaje gráfico renovadora: tanto es así, que muchos puristas le han rechazado por extravagante. Su contribución al



difícil "tour de force": plasmar en historietas dibujadas, en "comics", el mundo de Lovecraft, mundo que no se presta a ser dibujado, porque está todo él hecho de velos, de misterios, de entes indescriptibles y de monstruos sin rostro. Cualquier intento de plasmar de forma gráfica los horrores de Lovecraft —y se han hecho algunos— queda invalidado, precisamente porque el **horror** no tiene rostro. Breccia ha resuelto este problema muy bien. En su volumen publicado, "Los mitos de Chtulhu" (1), emplea el dibujante una técnica deformante, que recuerda bastante la utilización del decorado y el maquillaje en "El gabinete del doctor Caligari", de Wiener, o del "Nosfera-

"comic" es la misma —y siento repetir el símil, pero me parece el único acertado— que la que supuso la de los cineastas expresionistas de los años veinte con respecto a su medio. Antes de esta obra de arte que es su adaptación de Lovecraft, Breccia había realizado una verdadera revolución dentro del "comic" en 1963 con su serie "Mort Cinder", verdadera exploración de los confines del tenebrismo. Y más tarde, la serie "El Eternauta", "recreación de una vieja tira de ciencia-ficción", que pudimos ver los españoles en las páginas de la revista "El Globo".

"Los mitos de Chtulhu" están realizados en 1973, sobre adaptaciones de Norberto Buscaglia, que resultan excelentes: Buscaglia elimina todo el efectismo reiterativo de Lovecraft, poco cuidadoso en su lenguaje narra-

tivo, y guarda en sus textos la quintaesencia de la inquietud. De esta colaboración, en la que el dibujante y el guionista tienen tanta importancia como el autor en quien se inspiran los "comics", ha surgido una obra —ocho relatos adaptados— que supera con mucho al original de Lovecraft. Ya dijo Jean Cocteau que Lovecraft ganaba mucho al ser traducido al francés —la traducción de Jacques Papy era un verdadero modelo en su género—; pues bien, su traducción al lenguaje gráfico por Alberto Breccia le hace ganar mucho más aún. ■ **EDUARDO HARO IBARS.**

Educación liberadora

Adam Curle, el autor de este libro (1), se ha entregado durante años a la tarea de intentar suprimir la pobreza, la ignorancia y la degradación social. Ha vivido en países subdesarrollados y ha profesado después seminarios en países del desarrollo. Y después de muy diversas experiencias y actividades de influencia educativa, en el más amplio sentido de la palabra, ahora ha centrado su acción en articular y difundir "un complejo de ideas en torno a los procesos conflictivos y su resolución". Procesos "que van desde los de un hombre y una mujer en el matrimonio hasta los de los países en guerra".

Sus ideas sobre la educación han cambiado profundamente con el tiempo. Sus romanticismos primeros, creyendo ver en ella una panacea fácil y sin problemas, se han convertido en un realismo profundo, que intenta conocer la realidad cada vez mejor y más hondamente para no ser víctimas de los engaños de nuestra sociedad contemporánea, y desarrollar para ello la dinámica positiva que la propia realidad encierra.

La enseñanza usual esclaviza. Y el problema está en "liberarla" de las ataduras a esta sociedad que no nos gusta, pues no hace más humanos y felices a los hombres. Sociedad que está caracterizada por el "materialismo competitivo". Pero la pregunta es: ¿cómo educar? Aumentando "la conciencia de la propia personalidad, así como de la sensibilidad y compasión que es necesario sentir por los demás". Y sabiendo cada vez mejor que "nadie puede pensar en los demás si uno se encuentra perplejo o vive en un estado de ansiedad o paranoia". Combinando ambas co-

(1) "Los mitos de Chtulhu". Breccia, Buscaglia y Lovecraft. Ediciones Periferia. Argentina.

(1) Adam Curle. "Educación liberadora". Ed. Herder. Barcelona, 1977.